

	MES	TRIMESTRE
Madrid	10 rs.	30
Provincias	12	34
Extranjero	24	70
En la Antilla	10	30
En las Indias	10	30
Número suelto, un real.		

Se insertan anuncios a razón de 25 céntimos línea y precios convencionales según las circunstancias de los mismos. También se admiten remisiones y comunicados a precios igualmente convencionales.

A **EL ECO DE ESPAÑA** se publicará todos los días a excepción de los lunes y las grandes festividades del año.

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO

AÑO IV.

MADRID.—Sábado 28 de Junio de 1873.

NÚM. 1,029.

CRÓNICA PARLAMENTARIA.

Los republicanos están haciendo astillas de la república. Después de esta operación no faltará un descamisado que arrime un fósforo. No hay necesidad de más esfuerzo.

Además de no saber gobernar, ni tener la menor noticia de las necesidades y condiciones de esta Nación que ha caído en tales manos, los republicanos no tienen habilidad ni para hacer ni para remediar un mal ministerio; y además desconocen de todo punto las prácticas parlamentarias, confundiendo todas las recetas con lo cual se arman todos los días tales belesnes que no hay medio de dar razón exacta de lo que pasa sin entrar en largas disertaciones, no para explicar lo que dicen, sino lo que quieren decir nuestros legisladores.

Si los constituyentes fueran boticarios, al diablo que tomara sus misturas.

La sesión de ayer estaba anunciada como de grande espectáculo porque se creía que se explicarían las interpelecciones anunciadas; pero como no había Gobierno ni esperanzas de tenerlo, el presidente del poder ejecutivo pidió prórroga por medio de una comunicación. En este estado, el Sr. Romero Robledo, con taeto y habilidad suma, retiró su interpelección, reservándose presentarla de nuevo cuando haya Gobierno y otras cosas, lo cual tiene trazas de no suceder en algún tiempo. Aprobamos la conducta del Sr. Romero Robledo.

En seguida la izquierda, sin andarse con rodeos y contra todas las reglas de protocolo, prendió fuego a la maquinaria y lanzó el trueno gordo, presentando una proposición para que la Asamblea se declare en Convención.

Levantóse a apoyarla el Sr. Armentia, el cual fué sacó de verdades, y dijo cosas tales que daba grima y era para taparse los oídos. Bien es verdad que lo principal iba dirigido contra los ministros y estos habían tomado la precaución de no hallarse presentes. Todos estaban de cuerpo presente en el salón de la presidencia haciendo como que celebraban consejo; pero sin atreverse a respirar, y sin querer asomar las narices en el sitio donde se celebran las sesiones, cuando tales cargos se les dirigían y cuando se trataba nada menos que de convertir la Asamblea en Convención, que es un grano de anís.

Los pocos amigos que tiene esta república y los menos que tiene este Gobierno, salieron gritando por el salón de conferencias «fuego, fuego: agua, agua», ó lo que es lo mismo; «que nos ataquen los intransigentes, que se declaren en Convención»; y á estos alaridos acudieron diputados y se desechó la proposición por 123 votos contra 82. ¿Lo entienden ustedes? Hay 82 convencionales. Esto es grave, grave, muy grave.

Después de esta estocada por todo lo alto contra la república mansa y hasta contra la federal, el Sr. Arais presentó otra proposición, suave en la forma, pero intencionada en el fondo.

El Sr. Arais proponía que se diese un voto de confianza á todo el ministerio; pero á condición de que se presentara á dar cuenta de sus actos y á explicar las crisis anormales que tienen escandalizado al país.

Esto era querer coger al ministerio con queso y después de tenerle en la ratonera ponerle como chupa de dómine; pero los ministros no se dieron por entendidos ni por aludidos, ni no salieron de su escondite.

La proposición fué tomada en consideración por 67 votos contra 23. El desenso de votos prueba en verdad que la proposición era absurda en su esencia. Dar un voto de confianza á un cadáver no se ha visto jamás.

Esta república y estos gobiernos se van á poner á los pies de los caballos.

El Sr. Pi difícilmente va á salir con vida de

los experimentos que está haciendo con la formación de ministerios.

Habló en contra de la proposición el señor Cala con abundancia de razones, y en pro el señor Pascual y Casas, y fué desechada en votación ordinaria.

El Sr. Casaldueño defendió una proposición en que se pedían al ciudadano Pi explicaciones de la crisis y de sus trabajos para resolverla.

Se lamentó de que en los tiempos de la monarquía se diera inmediatamente cuenta á las Cortes de las fases por que la crisis atravesaba y en tiempos de la república, cuando estas explicaciones se pedían por un diputado, se le contestaba encerrándose en una completa reserva.

Dijo que la izquierda votaría un ministerio homogéneo conservador, presidido por Salmerón, que es lo que procedía en estos momentos, ó un ministerio homogéneo de la izquierda; pero de ningún modo un ministerio de conciliación ó heterogéneo.

La proposición fué desechada en votación ordinaria.

Se entró luego en la orden del día y en los dictámenes de actos.

En resumen, la discusión fué una verdadera ensalada. Convención, voto de confianza y de censura, en una misma pieza; pero Gobierno no parece.

¿Qué situación, qué república, qué escarmiento?

LOS FRANCO

Como si dijese la cosa más sencilla del mundo, decía ayer *La Igualdad* que en la noche anterior habían salido por el ferro-carril hasta seiscientos francos que habían obtenido su licencia y volvían á sus casas. No es que sintamos que haya sueldos; antes por el contrario, habríamos visto con la mayor satisfacción que no hubiese quedado ni uno en los depósitos, disolviéndose esos cuerpos en formación, que no habrán de ser más que otras tantas calamidades para el ejército.

Han marchado 600 peseteros «á sus casas», como dice *La Igualdad*, y ocurre hacer una observación, que de todo tiene menos de satisfactoria para los prohombres de la república. Esos 600 francos habrán permanecido, sobre poco más ó menos, dos meses y medio, no diremos sobre las armas, sino sobre el presupuesto, pues hace más de tres meses que se dió la ley de creación de los 80 batallones.

Durante esos dos meses y medio, ya en los depósitos de enganche en las provincias, ya en los inmediatos á Madrid, han permanecido sin organización militar, sin listas ni revistas, sin instrucción de ninguna clase, verdaderos pelotones de zánganos; pero cobrando sus dos pesetas y gastando su uniforme provisional de al-pargatas, pantalón, camisa, chaqueta y gorra de cuartel. Es decir, que sin contar con el deterioro de estas prendas y con que no se hayan llevado la mayor parte, esos 600 hombres habrán comido al Estado en dos meses y medio, teniendo sólo en cuenta su paga de dos pesetas, unos 18,000 duros, cantidad que parecerá insignificante, pero que es de consideración, tratándose de un despilfarrador.

Esa cantidad no es, sin embargo, la verdaderamente gastada, porque hay que contar con la invertida en pagar cabos, sargentos (de diez á doce reales diarios, según clase) oficiales y jefes con el sueldo de situación activa, lo cual duplica aquella cantidad, pudiéndose asegurar que el gasto total no habrá bajado de un millón, teniendo presente lo que dejamos indicado respecto de uniformes. Nada decimos de lo gastado en traerlos por ferro-carril de las distintas provincias, lo cual representará otra suma no despreciable.

Lo que se ha hecho con esos seiscientos que

van á caer sobre sus pueblos, como cae sobre un convaleciente una terciana que le repite, y de la cual se creía libre, habrá que hacerlo con los demás, de grado ó por fuerza, en vista del resultado que está ofreciendo la creación de tales cuerpos. ¿Quién responde, entretanto, del gasto inútil, del verdadero desperdicio hecho con los que se engancharon para vivir del presupuesto hasta que llegara el caso de tener que utilizar sus servicios, llegado el cual pedirían, como esos seiscientos han pedido, la licencia absoluta?

Ahora podrán gloriarse de su empresa, de su alta previsión y de su profunda ciencia en lo concerniente á organización de ejércitos los que concibieron el proyecto de creación de los 80 batallones; de los que suponían que en el acto de anunciarse estar abierta la recluta, acudirían verdaderas masas de jóvenes, todos morigerados, todos modelos de honradez, á alistarse sólo por la gloria de defender la república. Ahora podrán convencerse de la exelencia de sus teorías respecto del remplazo del ejército y de la clase de gente que ha acudido al olor de las dos pesetas. Pregúntese á los habitantes de Vicálvaro y de Leganés, y se verá cuáles son los informes que dan acerca de las prendas personales de los 600 que han tomado la licencia después de haber cobrado dos pesetas y pasado buena vida por una temporada.

Digan ahora si creen que con tal gente puede hacerse algo importante y bueno en la guerra ni en la paz; si todavía persisten en la idea de que ese y no otro sea el Gobierno de la república; si no se han convencido de la gran verdad que les decíamos cuantos nos oponíamos á la creación de los 80 batallones, ó mejor dicho, de los muy pocos que se llegarán á crear con tan disolventes elementos; si creen que fuera del antiguo servicio legal hay algo que sirva para crear y organizar un verdadero ejército.

Es muy cómodo proclamar las doctrinas más absurdas, para hacerse singulares con los superiores en categoría militar y populacheros con el cuarto estado: es muy cómodo trastornar los fundamentos del orden social y pasar plaza de atrevidos y magníficos innovadores, para callarse como muertos cuando se ve el resultado práctico de sus desatinos; cuando se ve marchar «á sus casas» riéndose de los que los han mantenido á seiscientos vagabundos, que se alistaron como voluntarios de los ochenta batallones; cuando se ve que se asesina al alcalde de Málaga, al mismo grito de esos innovadores, de abajo las quintas!

Y todavía se continúa con los cuerpos francos ó con lo que así se llama, y no ha habido quien haya decretado su instantánea disolución! Ya se ve, es desdichado y eso no conviene, porque al fin esos innovadores no son los que pagan las dos pesetas, ni los que sufren las consecuencias, ni nadie les exige responsabilidad. ¡Gran sistema! ¡Gran república!

UN ADUAR DE BOHEMIOS

Roque Bárcia lo ha dicho: «La situación actual, es decir, el Gobierno, la Asamblea, la administración, los clubs socialistas, los francos y los soldados que se han rebelado contra sus jefes, no son sino «un aduar de bohemios, un rancho de gitanos, un vandalismo elevado á la categoría de Gobierno de la Nación».

Así lo afirmaba ayer Bárcia en su periódico; y aunque sus correligionarios ó sus émulos le tengan por visionario, por extravagante ó por loco, nosotros creemos firmemente que no le falta razón, y que la situación es tal como él la pinta, aunque todavía no ha hecho más que un bosquejo, pues para representarla al natural y con toda perfección, necesita cimentar algunos detalles importantes y dar más colorido al interesante cuadro que hoy presenta la federación en todas las provincias de España.

Y no dudamos que lo hará, porque Roque Bárcia conoce á esa gente, y maneja como nadie el pincel revolucionario.

Al lado del aduar de bohemios ó rancho de gitanos, que ha descubierto el propagandista federal en el fondo de la situación, puede colocarse una casa de Orates, un manicomio perfeccionado de proporciones colosales, y no estará de más para completar el cuadro, que ponga, aunque sea en segundo término, un campo neutral especie de Babia destinado á las almas cándidas, á los imbéciles y á los pobres de espíritu, que con su torpe debilidad, insensato egoísmo y deplorable abandono, han contribuido al desbordamiento de la revolución y á la ruina de la patria.

No queremos averiguar si son bohemios ó tahures políticos, ó locos ó malvados los que se atreven á decir que el Tesoro español es una madriguera de ladrones; lo que sabemos es que el empleado laborioso y honrado, que gana su sustento sirviendo á su país; el oficial pundonoroso que derrama su sangre y espone su vida por la patria en los campos de batalla; el activo y virtuoso industrial ó agricultor que á fuerza de afares y privaciones hace algunos ahorros y compra con ellos papel del Estado para hacerse una renta y subvenir con ella á las necesidades de su vejez, y de su familia; el contratista de obras públicas que emplea su inteligencia y sus capitales en beneficio del Estado, no son ladrones del Tesoro sino acreedores legítimos de la Nación; y á pesar de que esta tiene el deber de atender á esas deudas sagradas y preferentes, los revolucionarios no se cuidan de esa obligación, y en vez de pagarlos los amenazan ó insultan llamándoles tahures y ladrones.

En cambio los bohemios y los gitanos de la situación se reparten el presupuesto y se entregan al desenfreno brutal de sus bastardas pasiones y á todos las concupiscencias revolucionarias.

Tiene razón Roque Bárcia: esto es horrible; esto es inaguantable; esto no puede sufrirse por más tiempo, y es menester acabar cuanto antes con la revolución que nos ha traído á este estado de corrupción y de miseria y arrancar la máscara á sus apóstoles, que son la causa principal de tantos desastres, y que en vano tratan de sustraerse á la responsabilidad tremenda que pesa sobre ellos.

Hay también entre los revolucionarios una especie de industria que puede calificarse de baraterismo político, la cual se ejerce no sólo á la sombra del poder, sino bajo el patrocinio de las turbas, y á veces mejor con la pluma que con la espada, halagando las pasiones de la multitud, despertando sus malos apetitos, relajando su moral, envenenando su existencia con teorías disolventes, y excitando sus odios y sus venganzas contra las clases conservadoras y contra las familias honradas, pacíficas y laboriosas.

A esa clase de revolucionarios, que debe conocer perfectamente el ciudadano Bárcia, pertenecen los que aconsejan á los soldados del ejército que se rebelen contra los jefes, á las turbas que se sublevaron contra las autoridades, á los pobres que se apoderaron de los bienes de los ricos, y á las provincias que se alcen en armas contra todo poder central, para conservar el entronizamiento de la anarquía, y convertir el país en una verdadera jauría de bohemios políticos, de holgazanes y de perdidos.

También pertenecen á esa misma clase de barateros políticos, cobardes para ir á pelear contra las partidas faciosas y muy valientes para insultar á las gentes pacíficas y para fraguar motines y asonadas, cuando cuentan con la impunidad, los que acusan al clero de que conspira para derrocar esta situación con el dinero de la república, siendo así que esa virtuosísima clase se ha visto despojada inicuamente de todos los bienes honrada y legítimamente adquiridos, que no percibe un céntimo de sus

Madrid.—Administración y Redacción este día periódico, calle de la Visitación, 8, 2.º

Extranjero.—París, para suscripciones y anuncios, C. A. Saavedra, rue Taibout, 55.—Para suscripciones también, librería de E. Denue Schmitz, rue Favart 2.

Londres, para anuncios y suscripciones, C. A. Saavedra, 1, Cecil Street Strand.

En Madrid la suscripción se abonará en efectivo. Las de provincias del propio modo, ó por libranzas del Giro muto, ó sellos de correos, y también por letra de exacta realización á favor de la Administración de esta última manera ó bien haciendo su abono en efectivo, se servirán las suscripciones en Ultramar.

El importe de las suscripciones que se envían por cualquiera clase de giros, se suplica que sea en carta certificada.

asignaciones desde la revolución de Setiembre, y especialmente desde la proclamación de la república, y que arrostra con una abnegación heroica la persecución y la miseria sin faltar al cumplimiento de sus sagrados deberes y aconsejando á los fieles la paz y la obediencia á los poderes constituidos.

Los mismos revolucionarios, conspiradores de toda la vida y contra todos los Gobiernos, instrumentos de todas las sectas niveladoras é impías, y agentes principales de todas las rebeliones, acusan á la nobleza de que conspira también contra la situación con el dinero de la república, como si los bohemios republicanos no fueran muy abonados para acabar con el dinero de la Nación que se haya librado de las garras de otros revolucionarios, y acusan asimismo de conspiradores á todas las clases del Estado, porque odian á la revolución y detestan el federalismo como un gran peligro para la patria, y como una calamidad inmensa para la sociedad.

La oposición á lo existente está en todos los corazones, domina todas las inteligencias se ha apoderado de todos los ánimos y condensa todas las fuerzas vivas de la sociedad; pero aunque la inquietud es general y el descontento cada vez más íntimo en todas las clases, todavía no es llegado el momento designado por la Providencia para echar por tierra esta situación, y para borrar todas las inmundicias revolucionarias que empobrecen y deshonran al país.

Ese momento no puede hacerse esperar mucho tiempo. La república agoniza en medio de convulsiones desgarradoras, víctima de sus propias iniquidades. Quédate algunos días de horrible y azarosa vida, que no dudamos aprovecharán los bohemios, los gitanos y los barateros políticos, para hacer menos sensible su caída, de la cual saben que no han de levantarse jamás.

Ayer tarde apareció en las esquinas un cartel, suscrito por el director y redactor del *Estado Catalán* (periódico) dirigido á sus conciudadanos, convocándoles para dentro de cuatro días en Cataluña, con el objeto de proclamar el Estado catalán.

Los firmantes motivan tan grave acuerdo en la inercia del Gobierno y de las Cortes, de las que á su juicio nada hay que esperar.

El desengaño ha sido doloroso: la caída tremenda. La mala república, á cuya aparición todos los obstáculos debían ceder, todos los enemigos caer anonadados á sus plantas, no ha realizado los milagros anunciados desde antiguo por los profetas federales. ¡Qué mucho, pues, que los más adictos, los que siempre creyeron que la república derramaría sobre este país el contenido del famoso cuerno de la abundancia, cubran su cabeza de ceniza y descorazonados y arrependidos corran á sus provincias á atizar el fuego sacro federal que se conserva todavía en algunos pechos.

Corran, sí, y aticen el fuego que ha de devorar á la república: enciendan la hoguera que comunique el incendio al resto de España: aticen los odios y enemistades que la república ha venido á desencadenar en nuestra patria, que así atizan también esta guerra fratricida que nos devora y aniquila; y no quede en este suelo, después de tanta devastación, de tanta sangre derramada, de tanta ignominia, más que una inmensa tumba y una cruz que revele el lugar donde yace un pueblo tan noble como desgraciado, digno de mayor ventura.

Proclámenlo, pues, el Estado catalán; venga en pos el Estado andaluz; siga el Estado aragonés y el extremeño; venga el diluvio, albrase la tierra y tráguenos á todos, que así expiaremos nuestros errores, nuestras ambiciones, nuestras veleidades y nuestras inconsecuencias.

Sea cual fuere la solución de esta crisis que devora al Gobierno; ya sea que vengan los intransigentes ó los conservadores, ninguna es-

FOLLETIN.

LA GRANJA DE LOS TEJOS

MAD. BOURDON.

Era el mes de Octubre. El tiempo estaba lluvioso y la noche, que comenzaba á arrastrar sobre los campos los pliegues de su sombrío manto era ya completa en París, sobre todo en los barrios viejos, donde el aire, la luz y el sol no han penetrado todavía detrás de la piqueta de los demoledores.

Aún era casi de día en los Campos Elíseos y una claridad dudosa reinaba en los boulevares, mientras las sombras cubrían ya completamente la calle de las Vieilles-Haudriettes, en una de cuyas casas, en el cuarto segundo, estaban hablando dos muchachas sentadas al lado de una chimenea, cuya chispa llama dejaba adivinar sus formas graciosas y entrever de cuando en cuando, iluminados por vivos y pasajeros reflejos, los detalles del cuarto sencillamente amueblado, pero con gusto, y del que una de ellas era la propietaria.

Ni la cama de hierro, ni los antiguos muebles de nogal, ni las cortinas de Persia de color de rosa demostraban la menor pretensión al lujo; y sin embargo, mil pequeños detalles daban al conjunto un aire fresco y juvenil. Flores en el alféizar de la ventana, álbums y cofrecillos sobre la mesa, una tabla bordada cubriendo la piedra de la chimenea; en las paredes, fotografías con sus paspartús; una alfombra delante del fuego, crochets en los sillones, producción maravillosa de la aguja ó del gancho; una lámpara de tierra cocida, con festones de yedra por pantalla; á la cabecera de la cama una pila de agua bendita cuyas esculturas imitaban la madera antigua; todo

aquello, en fin, que revela el trabajo y los asiduos cuidados de una muchacha.

¿Qué se podía deducir de este conjunto? Únicamente que tenía instintos de elegancia y había pedido á sus águilas dedos, á sus dedos de hada lo que no había podido pagar al tapicero.

Las dos jóvenes estaban sentadas en dos sillitas bajas, al lado una de otra y aunque estaban solas hablaban á med a voz.

—Tenía ese presentimiento, decía la más pequeña; al partir para los baños de mar, me decía á mí misma, Adriana se casará antes del invierno. Ya ves como no me he engañado.

—Es verdad, respondió la otra, tengo veinte años; soy mayor de edad y al fin y al cabo hay que buscarse una posición.

—¿No estás, según eso, muy contenta?

—Distíngamos, como dice papá. Estoy contenta bajo ciertos puntos de vista y bajo otros, un poco triste. Pero ¿qué quieres, Clotilde? Cuando una es rica, no elige, sino que acepta su suerte y su marido. Somos seis hermanos: el puesto que ocupa mi padre en Hacienda es muy bueno, muy honroso, pero de corto sueldo; nos da derecho á alternar con la mejor sociedad, pero no nos proporciona los medios de figurar en ella como yo desearía. Mi mamá me admira; la pobre hace maravillas de economía, prodigios de industria, y consigue así darnos cierto bienestar guardando el mismo tiempo un exterior digno; pero lo confieso, no tengo yo esa vocación; no soy ni paciente ni laboriosa como ella...

—Sí, ya sé; á tí te gusta la sociedad y no aborreces el lujo, dijo Clotilde.

—Es verdad, y por eso me caso, algo triste ahora, pero con un hermoso porvenir delante de mis ojos.

—¿Cuéntamelo... cuéntamelo... ¿Cómo es tu marido?

—Así, bien; mamá conviene en que es una persona distinguida y papá le encuentra un aire de sociedad.

—¿Y tú?

—Lo que es yo, ya sabes que no busco el ideal; tal cual es, Felipe Gerbert me conviene y creo que nos llevaremos bien.

—¿Es alto? ¿Es buen mozo?

—¿Qué niña eres, Clotilde; ¿qué importa eso? ¿Qué necesidad tiene un hombre de parecerse á un modelo de yeso? Felipe es alto, tiene un rostro tostado por el sol porque vive casi siempre al aire libre; ojos risueños y... así tienen.

—Vive al aire libre? No reside en París, según eso?

En aquel momento, el fuego despidió una viva claridad y dejó ver la preciosa cara de Clotilde, sus facciones finas y delicadas, que le daban alguna semejanza con una de esas pastorcitas de porcelana, y sus ojos azules que expresaban una gran sorpresa.

—Ese es el mal aspecto de este asunto, de que áates te hablaba, respondió Adriana. Felipe vive en provincia; peor que esto, en el campo, en los alrededores de Valenciennes.

—¿Qué me dices?

—Como lo oyes. Tiene allí una gran explotación agrícola y una fábrica de azúcar. Es la hacienda de su padre, á la cual ha añadido una fundición, y su casa se llama en aquel país la Granja de los Tejos.

—¿Qué bonito nombre.

—Muy bonito, pero me temo mucho que toda la belleza del sitio no pase de ahí. En fin, ya procuraremos acostumbrarnos.

—Y vas á pasar toda tu vida en la Granja de los tejos?

—Me preguntas la *z* del problema: pero para tí, Clotilde, no tengo secretos. Felipe gana mucho dinero, sobre todo con su azúcar y sus espíritus; así se llama eso; viviendo algunos años en el campo tranquilamente, sin bellezas sin fiestas (y yo tendré valor para eso), podrá realizar grandes economías y entonces vendremos á París y viviremos aquí como yo quiera. ¿Entiendes? Sacrifico unos cuantos años para asegurar el resto de mi vida. Haré economías, evita-

ré toda clase de gastos, me haré hasta avara si es preciso, para lograr después mis sueños, esto es; una vida cómoda y fácil en París, en mi centro, en el único sitio de la tierra en que es posible vivir. ¿No te parece que soy previsora?

—Seguramente! ¿Y qué dice su futuro á todo eso?

—Yo dice que no y esto me basta. No le he ocultado el sentimiento real, sincero, que me causa dejar á París, á mi familia y mis costumbres, á lo cual me ha contestado seria y lealmente: Está Vd. segura de que trabajará y hará cuanto pueda para que pueda volver pronto; nuestro destierro no será eterno.

—¿Con que tanto te quiere? preguntó Clotilde con curiosidad, acercándose á su amiga.

—Así lo creo, dijo esta con tranquilidad. Sin eso, ¿qué se casaría? No soy rica ahora, ni tengo que heredar á nadie.

—¿Picaro dinero!

—Tu hablas á tu gusto porque eres hija única y rica; no tienes miedo de que te falten pretendientes que soliciten tu mano, y por consiguiente de quedarte para vestir imágenes, como dice mi hermano mayor.

—No; respondió Clotilde con indiferencia; pero en medio de todas mis riquezas no creas que no estoy privada de muchas cosas. Papá es tan severo cuando se trata de gastar... Lo que más le gusta es una elegante sencillez... Ya ves... como si ahora eso fuese de moda.

—Es cierto; y cuando, como mis hermanas y yo, se está condenado á la sencillez forzosa y perpetua, ¡de seguro que se desea con más ahínco el lujo, y que no se retrocede ante ningún sacrificio para llegar á la fortuna.

—Y no es flojo el que tú haces, con dejar París é irte á encerrar en una granja; á menos que no quisieras mucho á tu futuro, mi pobre Adriana.

—Ya le amaré cuando sea mi marido; estoy muy bien dispuesta en su favor, siempre con la condición...

—De que haga lo que quieras; ¿no es verdad?

—No digo tanto; pero lo dejo yo todo por él. ¿Sabes que la Granja de los tejos no debe ser un lugar de delicias? Tanto más, cuanto que ya encontré instalada allí toda una familia.

—¿Sí...?

—Sí; Felipe tiene aún madre, que vive con él, y que seguirá viviendo con nosotros; además, ha recogido á su hermana y á la hija de su hermana, y todos ellos vivirán bajo el mismo techo.

—Eso es muy patriarcal, muy edificante; pero, ¿por qué tu futuro se impone el fastidio de vivir en familia con personas que no conoces?

—Te diré. La hermana de Felipe es viuda, y su marido la ruinó completamente: tenía dos hijas; la mayor está casada con un oficial del ejército de África; la segunda no se ha separado de su madre, y Felipe quiere mucho á sus parientes. Ya ves, que no le habría gustado, y con razón, que yo hubiera puesto reparo en vivir con ellas.

—Pero no te gusta...

—Figúrate! Dejo mi familia, que es tan buena y tan distinguida, para irme á vivir con desconocidos, con gentes de provincia, con una suegra llena de preocupaciones quizá, con una cuñada, acaso, de mal genio y melancólica, y con una tontuela que me llamará tía para envejecerme. Se necesita, te lo confieso francamente, la convicción que tengo de que no debo renunciar á este casamiento, la perspectiva de un porvenir más risueño y la especie de atracción que ejerce sobre mí Felipe, para aceptar una unión con tales condiciones.

—Tienes razón! En cuanto á mí, diría *nómes* sin vacilar.

—¡Ya lo creo! Tú puedes elegir, repuso Adriana con impaciencia. Tú eres feliz; te darán un marido buen mozo y elegante; vivirás en París, y todo esto sin la sombra siquiera de un sacrificio...

Se continuará.

La fuerza de infantería de marina, que parece de-

Ayuntamiento de Madrid

